

 **REY
DESNUDO** 
REVISTA DE LIBROS

Relecturas

Charles Seignobos, *La méthode historique appliquée aux sciences sociales* (París: Alcan, 1901)*.

Émile Durkheim

El propósito de este libro, si lo comprendemos bien, es el de reducir las ciencias sociales a la historia, y la historia misma a una especie de construcción subjetiva que no puede nunca llegar más que a aproximaciones muy conjeturales.

Para proceder a esta demostración, el autor comienza por restringir, de la manera más imprevista, el concepto de ciencias sociales. Según él, este concepto se aplicaría solamente a tres grupos de estudio: 1º las ciencias estadísticas, incluida la demografía; 2º las ciencias de la vida económica; 3º la historia de las doctrinas económicas. En otras palabras, tratarían únicamente los fenómenos económicos y demográficos. La única razón que da para esta definición restringida es que, de hecho, el concepto no se emplea comúnmente para designar las investigaciones relativas a otros fenómenos sociales (pp. 8-9).

Una primera razón que convierte al método histórico en indispensable para las ciencias sociales es la naturaleza de los materiales que emplean. Ellas no observan directamente los hechos que elaboran, sino solamente documentos donde estos hechos son relatados por alguien que los

* Publicado originalmente en *L'Année Sociologique* 5 (1900-1901): 123-127. Traducción de Adrián Viale.

ha observado. “Los documentos de la demografía o bien son elementos de cálculo demográfico o bien resultados de cálculos. Los documentos de la ciencia económica son o bien estadísticas o bien descripciones de instituciones” (p. 19). La historia es precisamente el proceso de conocimiento por el cual se llegan a determinar hechos que solo pueden ser alcanzados indirectamente, a través de los documentos. “Todo conocimiento histórico es indirecto” (p. 5). El autor admite de forma implícita como evidente la proposición inversa: todo conocimiento indirecto es necesariamente histórico. Para interpretar sus documentos, las ciencias sociales están entonces obligadas a recurrir al método de la historia. La crítica de sus materiales no es diferente de la crítica propiamente histórica, de la cual el autor menciona las reglas fundamentales (caps. III-V).

Pero la ciencia no es solamente un inventario de hechos; ella los agrupa y los sistematiza. El método histórico es igualmente necesario a las ciencias sociales por su obra de construcción. En efecto, esta construcción no puede hacerse más que de dos modos. O bien uno agrupa allí hechos simultáneos para mostrar sus relaciones en un momento dado y llegar a la descripción de un estado de las cosas; o bien uno establece la serie de cambios sucesivos en el tiempo “para llegar a determinar la evolución”. Es la vieja distinción comtiana entre lo estático y lo dinámico. Pero, en cuanto a lo que al agrupamiento se refiere, las ciencias sociales, si son dejadas a sí mismas, se arriesgarían a no percibir la necesidad de esto, o de ignorar las condiciones, ya que “por el hecho de su origen especial tienen una tendencia a reducirse a estudios especializados, es decir a encerrarse en el examen minucioso de una sola especie de abstracción” (p. 137). Al contrario, el estudio del *complexus* social en su totalidad y de las reacciones recíprocas entre fenómenos simultáneos es uno de los objetos de la historia. Lo mismo con la dinámica. La historia es, antes que nada, la ciencia de la evolución de las sociedades; “la ciencia social, por el contrario, puede olvidar la evolución, porque se limita a periodos de tiempo muy cortos, donde la evolución es menos sensible” (p. 142).

Así, ¿se trata de interpretar los documentos y de establecer los hechos? La ciencia social debe dirigirse a la historia, hacerse historia; y, además, es a ella que debe ceder el lugar cuando se trata de sistematizar estos mismos hechos. No vemos entonces qué es lo que queda como dominio propio de las ciencias sociales. Ellas desaparecen en la historia, y el vocablo especial por el cual

uno las designa no tiene razón de existir. Encontramos solo un pasaje donde el autor indica, y muy brevemente, lo que podrían ser las ciencias sociales propiamente dichas; serían aquellas que operarían “sobre el conjunto de las sociedades comparando las evoluciones de varios conjuntos” (p. 153). A través de estas expresiones oscuras, es bastante difícil ver con claridad a cuál método está haciendo alusión. En todo caso, al presente, no es ni practicado ni practicable; es un *desideratum* al cual tal vez el futuro dará satisfacción. Nos queda entonces que actualmente la historia y las ciencias sociales se confunden.

La segunda parte del libro está consagrada a la metodología de esta historia social que pareciera ser, en el pensamiento del autor, la única ciencia social posible hoy en día; entiende por esta una historia de hechos demográficos y económicos. No analizaremos esta segunda mitad de la obra que no es más que una aplicación de los principios mencionados en la primera y que no agrega nada esencial. Pero hay una característica de esta historia (o de esta ciencia social) que debe ser señalada: la imprecisión, el alcance conjetural y subjetivo que le atribuye nuestro autor y del cual hace el trazo distintivo de este tipo de investigaciones. Sus razones son las siguientes. La vida social es una continuidad y un sistema de representaciones, es decir de estados subjetivos; esta subjetividad debe encontrarse en la construcción de la ciencia. Y en efecto, porque los hechos consisten en ideas, establecer los hechos, en materia de ciencias sociales, es alcanzar estas ideas a través de los documentos que las expresan exteriormente. Pero un estado interior, como es una idea, no puede ser observado directamente, uno no lo ve desde afuera, solamente puede entonces conjeturarlo con un acto de imaginación personal. De la misma manera, explicar una institución económica es colocarla en el conjunto de representaciones que la han determinado, y estas representaciones, por la misma razón, solo pueden ser imaginadas (ver p. 111 y ss., p. 147 y ss.).

Existe en los principios sobre los cuales reposa esta teoría algo de arbitrario y de falso que debemos señalar en razón misma de la autoridad legítima con la que cuentan los trabajos históricos de nuestro autor. Es en principio la definición de “ciencias sociales”. De hecho, es falso que este concepto solo tenga en el uso la acepción restringida que aquí le es dada. El derecho comparado, con Post, Morgan, Steinmetz, Kohler y otros, se ha convertido en una ciencia social, según confiesan los sabios que a él se consagran. Ocurre lo mismo con la criminología, la geografía polí-

tica como la entiende Ratzel; la ciencia de las religiones toma cada vez más esta característica y nosotros nos esforzamos aquí mismo por orientarla en ese sentido. ¿Qué decir de la manera en que la sociología, en su conjunto, es puesta por fuera del ciclo de las ciencias sociales? Este concepto, dice el autor, “había sido inventado por filósofos, correspondía a un intento por agrupar ramas de la ciencia que se mantenían aisladas... Parece haber corrido la misma suerte que esta concepción: después de un periodo en boga, parece amenazar con salir de la lengua” (p. 7). En realidad, esto es restarle importancia a las obras de Saint-Simon, de Comte, de Spencer y de todos sus sucesores en todas partes del mundo. Una proposición como esta tiene un aire particularmente paradójico en un momento en que uno podría más bien quejarse por el auge excesivo del que goza esta palabra y el abuso que se hace de ella todos los días. Pero además, aunque en la práctica actual el término ciencias sociales no tuviera más que la significación limitada que le es atribuida, el autor no debería tomarla prestada tal cual del uso sin crítica previa. Él reconoce, en efecto, que la expresión, así entendida, designa “una amalgama disparatada” de investigaciones heterogéneas. Entonces, para poder determinar el método de una ciencia o un grupo de ciencias, falta todavía que haya entre estas ciencias una relación de parentesco interno que permita clasificarlas bajo una misma rúbrica y someterlas a una misma disciplina. Pero si una investigación metodológica de este género se encarga de un objeto sin unidad, no tiene entonces ninguna precisión.

La forma entonces en que las ciencias son agrupadas con la historia convoca igualmente las reservas más altas. Sin duda, en tanto que las ciencias emplean documentos históricos, es necesario aplicarles los métodos de la crítica histórica. Pero la demografía tiene una crítica que le es propia y que no es la de la historia. Además, las ciencias sociales, en la medida en que practican el método comparativo, añaden nuevos procedimientos de crítica a aquellos del historiador, gracias a las comparaciones que instituyen. ¿Pero qué pensar sobre todo de la prerrogativa que es dada al historiador en materia de sistematización y de explicación, bajo el pretexto de que tiende naturalmente a las visiones sintéticas y que las ciencias sociales, por el contrario, son estrechamente especializadas? Es al reproche inverso al que estamos acostumbrados y nos parece, lamentablemente, mucho más justificado.

En fin, si es indiscutible que la vida social está hecha exclusivamente de representaciones, no sigue de esto que no pueda hacerse una ciencia objetiva. Las representaciones del individuo son fenómenos igualmente interiores y, sin embargo, la psicología contemporánea las trata objetivamente. ¿Por qué sería diferente con las representaciones colectivas? No pensamos sin embargo que, incluso en materia de psicología individual, el autor pretenda llevarnos a las fantasías literarias del método puramente introspectivo.